

des dominios deben procurar por todos los medios hacerla populosa, porque, sin grande abundancia de hombres, jamás aumentará su poder. Esto se consigue de dos modos: por atracción cariñosa, ó por la fuerza. Por atracción, ofreciendo camino franco y seguro á los extranjeros que deseen venir á habitar en ella, de suerte que les agrade vivir allí; por fuerza, destruyendo las ciudades inmediatas y obligando á sus vecinos á vivir en la vencedora.

De tal modo se observaron en Roma estos dos principios, que en tiempos de su sexto rey había en dicha ciudad ochenta mil hombres capaces de llevar armas; porque los romanos imitaron á los buenos cultivadores, quienes para que los árboles crezcan y puedan producir y madurar sus frutos les quitan las primeras ramas que echan, á fin de que, retenida la savia en el tronco, salgan después otras más lozanas y fructíferas.

El ejemplo de Esparta y de Atenas demuestra que estos medios para ampliar la dominación son necesarios y buenos. Ambas repúblicas eran belicosas y tenían excelentes leyes; sin embargo, no llegaron á la grandeza de Roma, que parecía más tumultuosa y menos bien regida. No puede explicarse esto sino por las razones ya referidas, pues aumentando Roma su población, pudo poner sobre las armas doscientos ochenta mil hombres, y ni Esparta ni Atenas pasaron nunca de veinte mil cada una.

Esta diferencia no nació de ser la posición de Roma mejor que la de Esparta y Atenas, sino del distinto modo de proceder. Licurgo, fundador de la república espartana, consideró que nada podía viciar tanto sus leyes como la mezcla con nuevos habitantes, é hizo todo lo posible para impedir á los extranjeros avecindarse allí. Además de prohibirles casarse en Esparta, nególes la posibilidad de adquirir el derecho de ciudadanía y

dificultó todas las relaciones que mantienen la comunicación de los hombres entre sí, ordenando que en aquella república se usara moneda de cuero, á fin de impedir que acudieran forasteros por el deseo de vender mercancías ó de ejercer alguna industria. Así, pues, aquel Estado no podía aumentar el número de habitantes.

Todas nuestras acciones imitan á la naturaleza; no es posible ni natural que un tallo delgado mantenga grueso ramaje, ni que una república pequeña conquiste ciudades y reinos que sean más grandes y poderosos que ella, y si los conquista, le sucede lo que al árbol que tiene las ramas más gruesas que el tronco, que el peso de aquéllas lo agobia y el menor impulso del viento lo derriba. Así sucedió á Esparta; ocupó todas las ciudades de Grecia, y cuando se rebeló Tebas, las demás imitaron su ejemplo y quedó el tronco sin ramas.

No podía suceder esto á Roma, cuyo tronco era tan grueso que sostenía fácilmente todas las ramas, y á tal procedimiento, unido á otros que mencionaremos más adelante, debió Roma su grandeza y su poder; lo cual expresa Tito Livio en pocas palabras, cuando dice: *Crescit interea Roma Albæ ruinis.*

CAPÍTULO IV

Las repúblicas han practicado tres procedimientos para engrandecerse.

Quien lea atentamente la historia antigua observará que las repúblicas han tenido tres modos de engrandecerse. Uno el practicado por los antiguos toscanos, que consistía en formar una liga de varias repúblicas, sin que ninguna de ellas ejerza sobre las otras autoridad ó

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1925 MONTANREY, MEXICO

preeminencia. En tal caso las ciudades conquistadas entran á formar parte de la liga, como en otros tiempos lo practicaban los suizos y en los antiguos lo hacían en Grecia los aqueos y los etolios.

Como los romanos guerrearón bastante con los toscanos, para que se conozca bien la primera forma de engrandecimiento daré noticias detalladas de este pueblo.

Con anterioridad á la dominación romana fueron en Italia los toscanos ó etruscos poderosísimos por mar y tierra; y aunque no haya historia especial de este pueblo, quedan algunos recuerdos y algunos vestigios de su grandeza. Se sabe que fundaron una colonia en la costa del mar de Arriba (1), llamándola Adria, que llegó á ser famosa para dar nombre al mar que aun llaman los latinos Adriático. Sábese también que sus ejércitos fueron obedecidos desde el Tíber hasta el pie de los Alpes que limitan al Norte la tierra de Italia; pero doscientos años antes de que los romanos tuvieran gran fuerza, habían perdido ya los citados etruscos la dominación del país que hoy se llama Lombardía, ocupado por los galos, quienes á impulso de la necesidad ó atraídos por la dulzura de los frutos, y especialmente del vino, bajaron á Italia á las órdenes de su jefe Belloveso, derrotaron y expulsaron á los habitantes y fijaron allí su estancia, edificando muchas ciudades y dándole el nombre de Galia, que conservó hasta que los romanos la conquistaron.

Vivían, pues, los etruscos con instituciones igualitarias, empleando para engrandecerse el primer medio que hemos citado. Constituían una federación de doce ciudades, que eran Chiusi, Veio, Fiesole, Arezzo, Vol-

(1) Mar de Arriba ó Superior llamábase el Adriático, en contraposición del mar Inferior que era el Tyrreno.

terra y otras, las cuales gobernaban toda la comarca sujeta á su dominio. Sus conquistas no traspasaron los límites de Italia ni alcanzaron á gran parte de esta península, por los motivos que después diremos.

El segundo modo consiste en aliarse con otros Estados, cuidando de conservar la superioridad del mando, la capitalidad y la iniciativa en las empresas; este fué el empleado por los romanos.

El tercero en convertir en súbditos, y no en aliados, á los vencidos, como hicieron los espartanos y los atenienses.

De estos tres sistemas de engrandecimiento, el tercero es inútil, y lo fué en las dos citadas repúblicas, las cuales perecieron por haber hecho conquistas que no podían conservar. Porque gobernar por fuerza ciudades sometidas, sobre todo si están acostumbradas á vivir libres, es cosa difícil y de gran trabajo. Sin numeroso ejército no podréis regirlas y gobernarlas; y para tener muchas tropas necesitáis alianzas que aumenten vuestra población. Por no haber hecho Atenas y Esparta ni lo uno ni lo otro, sus procedimientos fueron ineficaces.

Roma, ejemplo del segundo sistema, hizo ambas cosas, y así logró poder tan grande. Por ser el único Estado que constantemente siguió estas reglas fué el único en llegar á tanta dominación, pues adquiriendo en toda Italia numerosos aliados que bajo muchos conceptos gozaban iguales derechos que los romanos, y, por otra parte, reservándose, según antes dijimos, la capitalidad y el mando de las empresas, los aliados contribuían, sin saberlo, con su trabajo y con su sangre á sojuzgarse á Roma. Sobre todo, cuando los ejércitos empezaron á salir de Italia conquistando provincias y reinos y sujetando pueblos que, por la costumbre de vivir bajo la dominación de reyes, no se curaban de cambiar de señor; y como los gobernadores eran romanos y los ejér-

citos que les vencían llamábanse romanos, sólo reconocían por superior á Roma. Los auxiliares que ésta tenía en Italia llegaron á estar, por tal causa, circundados de súbditos romanos y dominados por una poderosísima ciudad cual era Roma. Cuando advirtieron el engaño en que vivían ya no fué tiempo de remediarlo; tanta era la autoridad adquirida por Roma en las provincias extranjeras y tan grande ya la fuerza que en su seno acumulaba aquella ciudad populosísima y armadísima. Y aunque los aliados, para vengar tal injuria, se rebelaron contra ella, pronto fueron vencidos, empeorando su condición, porque, de aliados, se convirtieron en súbditos.

Este sistema sólo lo han seguido, según hemos dicho, los romanos, y es el único para una república que quiere ensanchar sus dominios; pues la experiencia demuestra que ninguno es más sensato y seguro.

El primer medio de que hablamos, el de las confederaciones que practicaron los etruscos, los aqueos y los etolios y hoy practican los suizos, es, después del usado por los romanos, el mejor; porque si no facilita el aumento de territorio, resultan de esta dificultad dos bienes: uno no tener frecuentes guerras, y otro poder conservar sin trabajo lo que se adquiere. Impide el engrandecimiento la forma disgregada de estas repúblicas y la falta de capitalidad única, cosas ambas que dificultan los medios de deliberar y resolver. Los que así viven no son deseosos de dominación, porque, debiendo repartir las conquistas entre todos los confederados, el estímulo á realizarlas es menor que en las repúblicas unitarias, las cuales esperan aprovecharlos por completo. Además, gobiernan á aquellas consejos federales, cuyas resoluciones, por esta forma del poder supremo, no son tan rápidas como las tomadas por los que viven en el corto espacio de una capital.

La experiencia demuestra también que estas federaciones tienen un límite fijo, sin que haya ejemplo de haber sido traspasado. Fórmanlas doce ó catorce Estados á lo más, y cuando á tantos llegan, no procuran aumentarlos por creer que bastan para poder defenderse unos á otros, y porque no les obliga la necesidad á extender su poder, supuesto que, según hemos dicho, la extensión no les es útil. En efecto; con las conquistas necesitarían hacer una de dos cosas: ó aumentar los Estados confederados, lo cual sería expuesto á confusión, ó convertir en súbditos á los conquistados; y por huir aquella dificultad y no estimar mucho esta ventaja, desdennan el engrandecimiento.

Al llegar estas federaciones al número de Estados que les parece suficiente para vivir en seguridad, se dedican á dos cosas: una es tomar bajo su protección pequeños Estados y, por este medio, procurarse dinero que fácilmente puede distribuirse en la confederación; otra combatir por cuenta de otros Estados, de éste ó aquel príncipe que para sus empresas los toma á sueldo, como se ve que hacen ahora los suizos y se lee que hacían las confederaciones antiguas, de lo cual es buen testimonio Tito Livio cuando dice que parlamentaba Filipo, rey de Macedonia, con Tito Quinto Flaminio, tratando de la paz á presencia de un pretor de los etolios, y al hablar el rey con éste, censuró la avaricia y la infidelidad de los etolios, que no se avergonzaban de militar al servicio de un Estado y enviar también tropas á las órdenes de su enemigo; de suerte que muchas veces se veían las banderas de Etolia en dos ejércitos contrarios.

Esto demuestra que tales confederaciones han sido siempre iguales y producido los mismos efectos. Se ve también que sus medios para adquirir súbditos fueron y son débiles y de escaso provecho, y que cuando las

conquistas superaban los medios de la confederación para conservarlas, estas repúblicas federales perecieron rápidamente. Si dicho procedimiento para adquirir súbditos es inútil en las repúblicas armadas, lo es mucho más en las desarmadas, como se encuentran en nuestro tiempo las de Italia.

Queda, pues, demostrado que el mejor medio de engrandecimiento fué el adoptado por los romanos, tanto más admirable cuanto que no hay ejemplo de él con anterioridad á Roma, y nadie después de Roma lo ha imitado.

En cuanto á las confederaciones, sólo las de Suiza y Suabia imitan á las antiguas.

Como diremos al final de esta obra, la excelente organización romana, tan buena para los asuntos interiores como para los exteriores, ni la imitamos en nuestros tiempos ni siquiera nos cuidamos de ella, juzgándola unos fabulosa, otros imposible, otros inoportuna é inútil y, viviendo en esta ignorancia, somos presa de cualquiera que quiere dominar nuestra patria.

Aunque el imitar ahora la organización romana parezca difícil, no deben creer los actuales toscanos que lo sea copiar la de los antiguos etruscos; porque si éstos no pudieron formar un imperio semejante al de Roma, adquirieron, sin embargo, en Italia el dominio que sus medios de ejecución les permitían, formando por largo tiempo un Estado tranquilo, muy glorioso por su poder y fuerza y muy elogiado por sus costumbres y su religión. Los galos disminuyeron su dominación y su gloria y los romanos la extinguieron después, hasta el punto de que, siendo tan grande el poder de los etruscos hace dos mil años, apenas queda ahora memoria de él. Esto me ha hecho pensar en las causas del olvido, y de ellas trataré en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V

Los cambios de religión y de lengua, unidos á los desastres de inundaciones y epidemias, extinguen la memoria de las cosas.

A los filósofos partidarios de que el mundo es eterno, creo se les podría contestar que en tal caso el recuerdo alcanzaria á sucesos ocurridos desde hace más de cinco mil años, si no fuera notorio que la memoria de los tiempos se extingue por diversas causas, procedentes unas de los hombres y otras del cielo. Son las primeras las que origina la variación de creencias religiosas y de lengua, porque cuando aparece una secta nueva, es decir, una nueva religión, su primer cuidado es adquirir crédito extinguiendo la antigua; y si los fundadores de la nueva religión hablan distinto idioma, lo consiguen fácilmente. Conócese esto examinando los procedimientos de la religión cristiana contra la pagana, pues destruyó todas sus instituciones y todas sus ceremonias, sin dejar memoria de esta antigua teología. Verdad es que no pudo borrar por completo las noticias de los hechos que ejecutaron hombres ilustres del paganismo, pero esto se debe á la necesidad de conservar la lengua latina, puesto que en ella escribía la nueva ley: de poderla promulgar en nuevo idioma, teniendo en cuenta las otras persecuciones que sufrió el paganismo, no que daría memoria de los anteriores sucesos.

Léase lo que hacían San Gregorio y los otros propagandistas de la religión cristiana, y se verá con qué obstinación perseguían cuanto pudiera recordar la idolatría, quemando las obras de poetas é historiadores, destruyendo las estatuas de los dioses y alterando ó

arruinando cuanto pudiera ser recuerdo de la antigüedad; de suerte que si á tal persecución hubieran podido añadir el uso de un nuevo idioma en brevísimo tiempo, todo lo antiguo se hubiera olvidado.

Debe creerse que lo hecho por la religión cristiana contra el paganismo hicieronlo también los paganos contra las religiones anteriores á la suya, y como en cinco ó seis mil años han ocurrido dos ó tres veces estos cambios de religión, no hay memoria de sucesos anteriores á dicho tiempo; los pocos indicios que quedan tiénense por fabulosos, y no se les presta fe, como ha sucedido con la historia de Diodoro Siculo, que da cuenta de sucesos de hace cuarenta ó cincuenta mil años, y goza fama, en mi opinión merecida, de mentirosa.

Causas que proceden del cielo destruyen la generación humana y reducen á pocos los habitantes de tal ó cual comarca; dichas causas son las epidemias, el hambre y las inundaciones. La última de estas calamidades es la más importante, no sólo por ser la más universal, sino porque los que se libran de ella son montañeses rudos que no tienen noticia alguna de la antigüedad, ni pueden, por tanto, transmitirla á las nuevas generaciones; y si con ellos se salva algún hombre instruído, por adquirir nombre y fama, oculta y transforma lo que sabe según le conviene, de modo que sólo queda á los sucesores lo que él ha querido escribir.

No creo que dude nadie de que han existido inundaciones, hambre y epidemias, pues de estas plagas dan cuenta todas las historias, y explican el olvido de tantas cosas de la antigüedad. Parece razonable que tales cosas sucedan, pues la naturaleza obra como los cuerpos de los seres, que, cuando acumulan muchas substancias superfluas, tienen repetidos movimientos espontáneos para expelerlas y recobrar la normalidad de

la vida. Así sucede en este cuerpo mixto de la generación humana, que cuando una comarca está demasiado poblada, de suerte que los habitantes ni pueden vivir, ni salir de ella por estar también pobladisimas las demás, y cuando la astucia y la malignidad humanas han llegado al colmo, resulta indispensable que se aminore la gente por alguna de las tres citadas plagas, para que, quedando pocas personas y abatidas, tegan más medios de vivir y sean mejores.

Fué, pués, la Etruria, según he dicho, una nación poderosa donde la religión y la virtud florecían; con usos y costumbres propios y lengua patria; todo lo cual destruyó de tal modo el poder romano, que sólo ha quedado memoria del nombre.

CAPÍTULO VI

De cómo hacían la guerra los romanos.

Hemos dicho lo que hacían los romanos para agrandar su imperio; digamos ahora cómo procedían en la guerra, y se verá en todos sus actos con cuánta prudencia se apartaban de los procedimientos comunes á los demás, para facilitarse el camino de dominar á todos.

Los propósitos de quienes por elección ó por ambición hacen la guerra, son conquistar y conservar lo conquistado, procediendo de modo que, en vez de empobrecerse su patria y los países conquistados, aumenten en riqueza. Para ello es necesario que en la conquista y en la conservación de lo conquistado se gaste lo menos posible, teniendo siempre la vista fija en la utilidad pública. Quien quiera hacerlo así, debe imitar lo

que practicaban los romanos. Hacían éstos la guerra, como dicen los franceses, corta y en grande, saliendo á campaña con numerosos ejércitos. Cuantas luchas tuvieron con los latinos, los samnitas y los etruscos, las terminaron en brevísimo tiempo. Si se estudian sus guerras desde el principio de Roma hasta el sitio de Veio, veráse que todas las terminaron en seis, en diez ó en veinte días; porque su costumbre era ir con el ejército, inmediatamente que se declaraba la guerra, al encuentro del enemigo y dar la batalla. Alcanzada la victoria, pedía el enemigo, para que no fuera su patria arrasada, condiciones de paz, y los romanos le imponían la de cederles terrenos que distribuían entre individuos partidarios suyos, ó dedicaban á la fundación de colonias situadas en la frontera enemiga, que venían á ser salvaguardia de la romana, con utilidad de los colonos á quienes se distribuían los campos y de Roma, que, sin gastos, aseguraba sus fronteras.

No podía haber procedimiento más seguro, ni más formidable, ni más útil, porque mientras el enemigo estaba tranquilo, aquella guardia fronteriza era bastante; y cuando iba con poderoso ejército á atacar á la colonia, acudían los romanos con numerosas fuerzas, daban la batalla, la ganaban, imponían durísimas condiciones al vencido y volvíanse á su ciudad. De esta suerte adquirieron fama entre sus enemigos y aumentaron su poder.

Así procedieron hasta después del sitio de Veio, en que mudaron de sistema porque, para hacer largas guerras, determinaron pagar á los soldados, cosa antes innecesaria por la corta duración de las campañas. Pero á pesar del sueldo por la precisión de mantener largas guerras y en países lejanos, donde la lucha duraba mucho tiempo, perseveraron en su primitiva costumbre de acabarlas lo más pronto posible,

según lo permitieran el sitio y el tiempo, y de fundar colonias en el país conquistado; porque á sus hábitos de abreviar las guerras uníase la ambición de los cónsules, cuya autoridad sólo duraba un año y, de éste, sólo seis meses podían estar en campaña, deseando terminarla para obtener los honores del triunfo. En la fundación de colonias insistieron por la utilidad y la comodidad grandísima que les resultaba de su establecimiento.

En cuanto al botín, modificaron su conducta, no siendo tan liberales como al principio, ó por no parecerles necesario repartirlo entre soldados asalariados ó porque, llegando á ser importantísimas las presas, determinaron enriquecer con ellas el Tesoro público, para no verse obligados á mantener la guerra á costa de los tributos de los ciudadanos. Con tal procedimiento el Erario llegó pronto á estar riquísimo.

Estos dos sistemas, el de emplear el botín en los gastos militares y el de fundar colonias en los países conquistados, hicieron que Roma se enriqueciera con las guerras, las cuales son causa de empobrecimiento para monarquías y repúblicas menos sabias.

Llegó la cosa á términos de creerse que no merecía los honores del triunfo un cónsul que á sus victorias no añadiera gran cantidad de oro, plata ú otra clase de botín para el Erario público.

Con estos procedimientos y con terminar pronto las campañas, agotar las fuerzas de los enemigos por medio de frecuentes guerras, destruir sus ejércitos, debastar sus territorios y obligarles á hacer tratados ventajosos para Roma, fueron los romanos cada vez más ricos y poderosos.

CAPÍTULO VII

Cantidad de terreno que daban los romanos á cada colono.

Muy difícil es saber con certeza la cantidad de terreno que los romanos distribuían á cada colono. Creo diesen más ó menos, según el sitio donde fundaban la colonia, y es probable que, de todas suertes y cualquiera que fuese el lugar, la cantidad seria pequeña, primero para poder enviar más hombres, puesto que estaban destinados á la guarda del país, y además porque, viviendo pobremente en Roma, no era razonable que quisieran la abundancia para sus conciudadanos fuera de ella.

Tito Livio dice que cerca de Veio fundaron una colonia y dieron á cada colono tres yugadas y siete onzas de tierra, que equivalen en nuestra medida..... (1)

Además de los motivos ya expresados, para ser pocos en la cantidad de tierra concedida á cada colono, juzgaban que no era la extensión del terreno lo que enriquecía, sino el buen cultivo, y hay que tener en cuenta que en toda colonia había prados y bosques de aprovechamiento común para pastar los ganados y surtirse de leña los colonos, sin lo cual no se fundaba ninguna.

(1) Maquiavelo no puso la equivalencia.

CAPÍTULO XVIII

Por qué motivos se expatrian los pueblos trasladándose á países extranjeros.

Dicho ya el modo de proceder que en la guerra observaban los romanos, y mencionado el ataque de los galos á los etruscos, no me parece ajeno á este asunto distinguir las guerras en dos especies, según el móvil que las origina. Unas las hacen los príncipes ó las repúblicas por ambición de ensanchar sus dominios, como fueron las hechas por Alejandro Magno y por los romanos, y las que ordinariamente hace una potencia á otra. Estas guerras son peligrosas, pero no despueblan el país conquistado, porque al vencedor le basta la obediencia de los pueblos; casi siempre les deja vivir conforme á sus leyes y siempre en sus casas y con sus bienes.

La otra clase de guerra la produce la invasión de un pueblo entero que con todas las familias abandona una comarca, impulsado por el hambre ó por las agresiones, y va en busca de nuevas tierras, no para dominarlas, como sucede en las guerras antedichas, sino para distribuirlas y poseerlas, matando ó expulsando á sus habitantes. Esta guerra es cruelísima y espantosa, y á ella se refiere Salustio al final de la historia de Yugurta, cuando dice que, vencido Yugurta, conocióse el movimiento de los galos que venían á Italia, y añade que el pueblo romano combatía contra los otros enemigos sólo por la dominación; pero contra los galos combatía siempre cada cual por la vida. A un príncipe ó á una república que invade un territorio, le basta acabar con los que en él mandan; pero las invasiones de pueblos

enteros necesitan matar ó ahuyentar á todos los habitantes, para poder vivir con lo que éstos vivían.

Tuvieron los romanos tres de estas peligrosas guerras. Fué la primera cuando tomaron á Roma los galos que, según antes decimos, quitaron la Lombardía á los etruscos y se establecieron en ella. Tito Livio atribuye esta invasión á dos causas: una la ya dicha, de haberles atraído la dulzura de los frutos y del vino de Italia, de que carecían en la Galia; otra, la excesiva población en ésta, donde ya no había medio de alimentar tanta gente, por lo cual juzgaron los gobernantes de aquellas comarcas ser necesario que parte de ella fuese á habitar nuevas tierras y, tomada esta determinación, eligieron los que se expatriaban, por jefes, á Belloveso y Sicoveso, dos reyes de aquellos pueblos. Belloveso vino á Italia, y Sicoveso pasó á España. Aquél ocupó la Lombardía é inició las guerras de los galos contra Roma.

La segunda agresión de aquel pueblo fué después de la primera guerra púnica, y en ella los romanos mataron entre Piombino y Pisa más de doscientos mil galos. La tercera invasión de un pueblo entero fué cuando los teutones y cimbrios bajaron á Italia y, después de vencer varios ejércitos romanos, fueron derrotados por Mario.

De estas tres peligrosísimas guerras salieron victoriosos los romanos, necesitando para ello todo su valor; porque se ve que después, cuando desapareció la virtud romana y perdieron los ejércitos el antiguo esfuerzo, pueblos semejantes á los galos, cuales eran los godos, vándalos y otros bárbaros, destruyeron aquel imperio, ocupando el de Occidente.

Salen estos pueblos de sus comarcas, según ya hemos dicho, impulsados por la necesidad, y ésta nace, ó del hambre, ó de guerras ú opresiones en su propio país, hasta el extremo de verse obligados á buscar nuevas

tierras. Cuando son en gran número, invaden violentamente el país ajeno, matan á sus habitantes, se apoderan de sus bienes, forman un nuevo reino y cambian el nombre de la comarca, como hizo Moisés é hicieron los pueblos que ocuparon el imperio romano. Este es el origen de los nuevos nombres que hay en Italia y en las otras naciones; nombres que les dieron los invasores, como el de Lombardía á la Galia Cisalpina; el de Francia á la Galia Transalpina, y que se llamó Francia por ser los francos quienes la ocuparon; la Sclavonia, que antes era Iliria, como Hungría Pannonia, Inglaterra Britania, y tantas otras regiones cuyo cambio de nombres sería prolijo enumerar. Moisés también llamó Judea á la parte de Siria que ocupó.

En prueba de lo que antes dije de que á veces algunos pueblos fueron expulsados de su propio país por la guerra, viéndose en la precisión de buscar nuevas tierras, citaré á los maurusios, habitantes de la antigua Siria, quienes al verse amenazados de la invasión del pueblo hebreo, juzgando que no podían rechazarla, creyeron preferible salvarse y abandonar su propio país á perder éste y perderse ellos si intentaban defenderlo; y con sus familias fueron á África, donde se establecieron, expulsando á los habitantes que allí encontraron. De esta suerte los que no habían podido defender su propia patria, ocuparon la ajena. Procopio, el autor de la historia de la guerra hecha por Belisario á los vándalos que se habían apoderado de África, refiere haber leído en columnas elevadas en los parajes que habitaron los maurusios la inscripción siguiente: *Maurusii, qui fugimus á facie Jesu latronis filii Navæ* (1); en la que aparece el motivo de su salida de Siria.

(1) Maurusios, que huimos ante el ladrón Jesús, hijo de Nava.

Son, pues, peligrosísimos los pueblos que abandonan sus tierras por extrema necesidad, y únicamente se les puede contener con formidable ejército. Pero cuando los emigrantes no son en gran número, el peligro es menor, pues no pudiendo emplear la fuerza, apelan á la astucia para ocupar algún terreno y, ocupado, mantenerse en él como amigos y aliados. Así lo hicieron Eneas, Dido, los marsellese y otros muchos, que sólo por el consentimiento de los habitantes de los países donde llegaron pudieron continuar en ellos. Los pueblos que se expatriaron en masa salieron casi todos de la Scitia, comarca fría y pobre, donde los habitantes, por ser numerosos y no encontrar medios de subsistencia, vense precisados á la expatriación por muchas causas, sin ninguna que la impida.

Hace ya quinientos años que por varios motivos cesaron las invasiones de tales hordas. El primero es la gran cantidad de gente que abandonó la Scitia durante la decadencia del imperio romano, pues salieron de allí más de treinta pueblos; el segundo, que en Alemania y Hungría, de donde también salían pueblos invasores, el país está cultivado de tal modo, que pueden vivir en él cómodamente sus habitantes, no viéndose obligados á buscar nuevas tierras; y siendo éstos muy belicosos, sirven de barrera á los scitas, con quienes confinan, los cuales no esperan poder vencer á aquéllos ni atravesar su país. Muchas veces han ocurrido grandes movimientos de tártaros, cuya irrupción contienen húngaros y polacos, y con frecuencia se alaban éstos de que, sin sus ejércitos, Italia y la Iglesia habrían sufrido en repetidas ocasiones la opresión de las hordas de la Tartaria. Respecto á estos pueblos, con lo dicho basta.

CAPÍTULO IX

Cuáles son ordinariamente los motivos de guerras entre los poderosos.

El motivo de la guerra entre romanos y samnitas, aliados durante largo tiempo, fué uno de los que comúnmente la producen entre todos los Estados poderosos; motivo, hijo unas veces del acaso, y ocasionado otras por el que desea la lucha.

El que dió origen á la de los romanos con los samnitas fué casual, porque el propósito de éstos al atacar á los sedecinos primero y después á los campanianos, no era guerrear con los romanos. Pero oprimidos los campanianos, sin tener en cuenta lo que opinaran romanos y samnitas, acudieron á aquéllos en demanda de auxilio, entregándoseles para que los defendieran como cosa propia. De esta suerte les comprometieron en una guerra que en su concepto no podían eludir honrosamente. Porque creían los romanos no deber defender á los campanianos como amigos contra los samnitas, también amigos, pero consideraban vergonzoso no defenderlos como súbditos ó protegidos, teniendo en cuenta que, de no tomar tal defensa, alejarían de ellos á cuantos quisieran someterse á su dominación. Aspirando Roma al poder y á la gloria, y no al goce tranquilo de la paz, no podía negarse á esta guerra.

También fué casual el motivo de la primera guerra contra los cartagineses, que la originó la defensa tomada por los romanos de los habitantes de Mesina en Sicilia. Pero no así el de la segunda, ocurrida poco después, porque el general cartaginés Aníbal atacó á los saguntinos, aliados de Roma en España, no tanto por

ofenderles como por hacer que los romanos tomaran las armas y tener ocasión de combatirles y pasar á Italia.

Este procedimiento de provocar nuevas guerras lo han empleado siempre las naciones poderosas que tienen algún respeto á la fe de los tratados, porque si quiero guerrear con un príncipe al que me unen tratados de paz respetados algún tiempo, con cualquier motivo ó pretexto atacaré á un aliado suyo y, ó tomará su defensa, en cuyo caso consigo mi intento guerreando contra él, ó le abandonará á su suerte, y entonces pondrá de manifiesto su debilidad ó su infidelidad á la obligación de defender á sus protegidos. Cualquiera de ambas cosas le han de acarrear la pérdida de la fama y contribuirán á mi intento.

Debe advertirse, con motivo de la referida determinación de los campanianos á fin de comprometer á los romanos en su apoyo, que el recurso de un pueblo débil para defenderse de cualquier modo del que le ataca es entregarse libremente al que escoge por defensor, como se entregaron los capuanos á los romanos y los florentinos al rey Roberto de Nápoles, que, no queriendo defenderlos como aliados, los defendió como súbditos contra Castruccio de Lucca, que los oprimía con su ejército.

CAPÍTULO X

El dinero no es el nervio de la guerra, como generalmente se cree.

Cada cual puede comenzar la guerra cuando guste, pero no acabarla; y los príncipes deben, antes de acometer empresa de esta clase, medir sus fuerzas y arreglarse á ellas, haciéndolo con tal prudencia que no le

engañen las ilusiones, como sucederá si sólo se fia del dinero, de los obstáculos del terreno ó del afecto de los hombres; pero le falta un buen ejército. Las tres cosas predichas aumentan las fuerzas, pero no las crean. Cada una por sí es nula, y para nada sirve sin el auxilio de un ejército fiel. Faltando éste, todo el dinero es inútil: inútil la fortaleza natural del país, inútil la fe y buena voluntad de los hombres, porque éstos no serán fieles á quien no puede defenderlos. Los montes, los lagos, los parajes inaccesibles, dejan de ser obstáculos cuando no hay quien los defienda, y el dinero, sin ejército, en vez de contener, alienta al enemigo codicioso.

La máxima de que el dinero es el nervio de la guerra la dijo Quinto Curcio á propósito de la guerra entre el macedonio Antípatro y el rey de Esparta, al referir que, por carecer éste de dinero, vióse obligado á dar la batalla y quedó derrotado; y si hubiera podido diferirla algunos días, la noticia llegada á Grecia de la muerte de Alejandro bastara para que, sin necesidad de combatir, quedase vencedor; pero acabándosele el dinero y temiendo que el ejército, por falta de pagas, le abandonara, vióse precisado á aventurar la batalla. Con este motivo afirma Quinto Curcio que el dinero es el nervio de la guerra.

Esta máxima se alega ahora casi diariamente, y la siguen los príncipes que carecen de la prudencia necesaria. Fundándose en ella, creen que los tesoros bastan para su defensa, sin pensar que si con tener dinero se venciera, Darío hubiese vencido á Alejandro, los griegos á los romanos; en nuestros tiempos el duque Carlos el Temerario á los suizos, y recientemente no hubieran tropezado los florentinos con tantas dificultades para vencer á Francisco María, sobrino del papa Julio II, en la guerra de Urbino.

Los todos los citados fueron vencidos por los que creían

que el nervio de la guerra no es el dinero, sino los buenos soldados.

El rey de Lidia, Creso, enseñó al ateniense Solón, entre otras diferentes cosas, su inmenso tesoro, preguntándole qué le parecía su poder; á lo que respondió Solón que por aquella riqueza no lo juzgaba muy fuerte, puesto que la guerra se hacía con hierro y no con oro, y alguno con más hierro que él, podía quitarle el oro.

Además, cuando, después de la muerte de Alejandro, una multitud de galos pasó á Grecia y después á Asia, y envió al rey de Macedonia embajadores para ajustar la paz, el rey, por hacer alarde de su poder y asombrarlos, les enseñó el oro y la plata que tenía, y á su vista los embajadores, que casi habían firmado ya la paz, la rompieron por el deseo de apoderarse de aquellas riquezas, perdiendo el rey lo que para su defensa había acumulado.

Hace pocos años que los venecianos, con su erario lleno de dinero, perdieron casi todos sus Estados, sin poder defenderlos.

Sostengo, pues, que no es el oro, como vulgarmente se dice, el nervio de la guerra, sino los buenos soldados, porque el oro no es suficiente para tener bien organizado ejército y éste sí lo es para encontrar oro. Si los romanos hubieran querido hacer la guerra con dinero y no con hierro, no les bastaran todos los tesoros del mundo, á juzgar por las grandes empresas que acometieron y por las dificultades interiores que necesitaron vencer; pero haciendo la guerra con hierro, jamás tuvieron carestía de oro. Los que lo tenían, lo llevaban hasta sus campamentos.

Si el rey de Esparta, por falta de dinero tuvo que arriesgarse á librar una batalla, lo sucedido por tal penuria es lo que muchas veces acontece por cualquier otra causa, pues ha ocurrido que por falta de víveres

se vea obligado un ejército, entre morir de hambre ó batallar, á preferir la lucha, por ser más honroso y prestarse más á los favores de la fortuna. También se ha visto muchas veces que, al saber un general que las fuerzas enemigas iban á recibir socorro, se apresurara á combatir, para no tenerlo que hacer después contra ejército más numero y con notoria desventaja (como sucedió á Asdrúbal en la Marca cuando le atacó Claudio Nerón, unido á otro cónsul romano). Igualmente si un general se ve en la precisión de huir ó pelear, siempre elige combatir, porque aun cuando le parezca muy dudoso el éxito, puede vencer, y, huyendo, la pérdida es segura.

Son, pues, muchos los motivos que obligan á un general á dar batallas contra su voluntad, y entre ellos alguna vez lo será la falta de dinero; pero no por esto debe considerarse el dinero nervio de la guerra, más que lo son las otras causas que imponen aquella obligación.

Insisto, pues, en que no es el oro el nervio de la guerra, sino los buenos soldados. Muy necesario es el dinero como elemento secundario; pero es una necesidad que los buenos soldados saben satisfacer, porque es tan imposible que dejen de adquirirlo en la guerra, como lo es que el dinero por sí solo sirva para tener buenos soldados. La historia demuestra en mil ocasiones la verdad de lo que decimos. Aunque Pericles aconsejó á los atenienses hacer la guerra á todo el Peloponeso, mostrando que podían ser victoriosos por su pericia y su dinero, y aunque en esta guerra alcanzaron los atenienses algunas victorias, al fin perdieron la campaña, valiéndose más el tacto y los buenos soldados de Esparta que la habilidad y el dinero de Atenas.

Pero en este punto la opinión de Tito Livio es mejor testimonio que la de ningún otro, y cuando examina la cuestión de si, de venir á Italia Alejandro Magno, hubie-